



## El mito burlón<sup>1</sup>

Kikí Dimulá \*



Como un ramillete de palabras, la poesía. Las recoge de su pequeño invernadero un monólogo que durante años sueña con ofrecerlas a una comunicación, de la que lleva siglos enamorado, sin que reciba claras muestras de correspondencia por parte de ella.

Palabras aromáticas y no, de modo que las unas empapen a las otras, aunque no se llegue a conseguir la tan difícil dispersión. Esta conjugación de lirismo, con la expresión casi precisa de la lengua, incluso prosaicamente, como la consagró Cavafis, se facilita, si tu paisaje interior lleva la fragancia justa de la discreción como la que emerge

de la tierra, cuando ha sido lavada con la suave, verde agua de lluvia.

Poema es “una prolongada vacilación entre el sonido y el sentido”, dijo Valery, y poesía, “el intento de representación, con los medios de la lengua inarticulada, de aquellas cosas que tratan de expresar en la oscuridad los gritos, las lágrimas, los silencios, los besos, los suspiros, los halagos. Lágrimas que sabéis más que yo...”

Como una excursión la poesía, bastante fuera, lejos de la populosa lengua. Vas allí completamente solo, tiendes un gran papel en blanco, lo fijas con un paciente lápiz y te pones a esperar.

Quizás tus preparativos atraigan a esas palabras, lagartijas que pasan corriendo y con su asombrosa capacidad de adaptación van y se esconden en otro color, cada vez con otro sentido, a través del cual se escapan. Inquietas, las palabras. Esperas, horas, meses, puede que años, a ver si las magnetiza ese blanquísimo no escrito manjar que les has esparcido.

Un día, yendo a Alexandrúpolis, mucho antes de llegar a la ciudad, vi en lo alto, en el extremo superior de los sucesivos postes de telégrafo, nidos de cigüeñas.

Cada uno sobresalía de la base, esponjoso, reluciente, como los elegantes volantes alrededor de las cunas que están preparadas para dar la bienvenida a los recién nacidos. En el centro del nido, de pie, la cigüeña, inmóvil sobre una pata, como si esa postura ascética preservara, con equilibrio cifrado, la sagrada incubación del sigilo, ya preservado por encima con la mosquitera celeste.

Como un nido de evasión, la poesía. Construida en una altura punzante, de modo que sea de difícil acceso a la curiosidad rapaz al querer uno ver claramente el interior de lo incubado. La eficaz protección de la ocultación la proporciona la abstracción. El arte está en vela. A través de la defectividad. Manteniendo el equilibrio en una de sus patas. Escribiendo, abstraemos.

Escribimos quejándonos, quizás, porque durante aquella gran explosión del universo predominó una escandalosa parcialidad en el reparto de los pedazos. A nuestra existencia se le otorgó el más pequeño: el de lo fugaz. Sin embargo, afortunadamente, se nos concedió la ilusión como recambio imprescindible a través de la anexión. Lo fugaz se convierte así, en el maravilloso futuro durativo del verbo resistir. Muestra de ello es que, mientras he estado bajo la anómala influencia de la norma gramatical humanista, he vivido momentos de increíble longitud y fecundos disparates. He bordado minuciosas condiciones, dote para una efi-



caz convivencia de los incompatibles: de la sensibilidad con su violador, de la resistencia para la brega con su pánico caricaturista, del amor con su deshonestidad, pues a pesar de que se suicida, deja cada vez una nota de que nosotros lo matamos.

Me pregunto de qué manera honorífica se olvidarán los trabajos y los días de nuestros hombres. ¿Con gasto público? Inverosímil. Lo más seguro será nuestra también costosa melancolía, parece como si nos hubiéramos convertido en olvidados por nuestra derrochadora prisa y no por el despilfarro de lo inevitable. Escribiendo prevemos al menos las estelas funerarias. Nos costarán más baratas, si las grabamos a tiempo y solos.

“Lágrimas que sabéis mucho más que yo”

Escribimos para un quizás. Para honrar esta palabra imparcial que guarda las mismas distancias del sí y del no y mantiene así una civilizada tranquilidad absoluta, bajo esa sombría cuestión pendiente, de que se eche un furtivo sueñecito la tan cansada incertidumbre. Sin embargo,  
*Como si no poseyera, el analfabeta, que está allí justamente, en el silencio absoluto, en el que se oyen las más abominables detonaciones*  
descubre Elitis.

Escribo, porque esta es la única pequeña elevación que me ha sido otorgada, donde ondean osadamente a toda velocidad las profundas raíces de la lengua de la cual procedo. La hablo cuando ella sopla, cuando sale de su introspección y su displicencia. Entonces me deja jugar con ella, meterme con las consonantes y así se ríen las vocales, ojear su multivoluminoso y no instruido empleo, abrir sus cofres, llenos de los prósperos siglos de su edad. Pero no me deja avanzar todo lo que quiero. No hace más que ponerme a repasar, para ver si me acuerdo de que \_ (¡ay!) no es invariable. Tengo el derecho de separar la \_ de echarla, como astillas, al fuego, para que se quemé y una vez libre el \_ (bien, buen) devolverlo

allí donde pertenece: a lo necesario en el sentido más amplio. Me dice además que la similitud de la ómicron con el cero no constituye una regla de adicción. La ómicron puede perfectamente ser, aparte de dolor, visión, el cero, una desconocida cala virgen de un nuevo comienzo. Algo que desea lo necesario en el sentido más amplio. Otra de sus enseñanzas, pero que difícilmente se asimila, es que la tierna exclamación con la que recibimos

... A ESAS PALABRAS, LAGARTIJAS QUE PASAN CORRIENDO Y CON SU ASOMBROSA CAPACIDAD DE ADAPTACIÓN VAN Y SE ESCONDEN EN OTRO COLOR, CADA VEZ CON OTRO SENTIDO, A TRAVÉS DEL CUAL SE ESCAPAN

una feliz llegada puede emplearse para el recibimiento de una pena, basta con que la partamos en dos, como rama seca, y el “crack” se oirá claramente hasta allá, hasta la valentía necesaria en el sentido más amplio.

Finalmente, expresamente me repite que el yo, sólo por causa de la brevedad y soledad a la que

ESCRIBO, PORQUE ÉSTA ES LA ÚNICA PEQUEÑA ELEVACIÓN QUE ME HA SIDO OTORGADA, DONDE ONDEAN OSADAMENTE A TODA VELOCIDAD LAS PROFUNDAS RAÍCES DE LA LENGUA DE LA CUAL PROCE- DO

está sujeto cada yo y cada tú, se expresa con tal énfasis. No es arrogancia; en absoluto egolatría. Es una llamada urgente de algún verbo que está a su lado, como: yo me estoy mojando. Esto es, mírame.

---

\***Kikí Dimulá.** Nació en 1931 en Atenas. Trabajó en el Banco de Grecia durante 25 años, desde 1949 hasta 1974. Apareció en el ámbito de la literatura en 1952 con la colección poética *Poemas*. La poetisa, casada con el poeta Azos Dimulás, desde 1954, es madre de dos hijos, y ha publicado varias colecciones poéticas. Sus poemas han sido traducidos al francés, inglés, español, sueco, alemán e italiano. Fue galardonada con el 2<sup>do</sup> Premio Nacional de Poesía, en 1972, por su colección *Lo poco del mundo* y con el 1<sup>er</sup> Premio, en 1989, por *¡Adiós, jamás!* Recibió el Premio de la Academia de Atenas, Kostas y Eleni Urani, en 1995, por su colección *La adolescencia del olvido y la Distinción de las Letras de la Academia de Atenas*, por el conjunto de su obra.

<sup>1</sup>Título del libro en el que está publicado su discurso de entrada en la Academia, al cual pertenece el texto.